

ALVARO GUTIERREZ

Steampunk 1995:

EL INGENIO ICARO



ESTA OBRA HA SIDO REGISTRADA MEDIANTE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS
RECONOCIMIENTO-NOCOMERCIAL-SINOBRADERIVADA 3.0.

Álvaro Gutiérrez, 2013.

ISBN-13: 978-1492314455

ISBN-10: 1492314455

Índice

Parte 1.....	6
Parte 2.....	18
Parte 3.....	26
Parte 4.....	39

Parte 1

Volver al hogar no tiene por qué ser motivo de alegría. Eso piensa Allward Copper mientras sobrevuela la ciudad de Londres, observando a través de uno de los pequeños ventanales del avión en el que ocupa un asiento. La urbe se descubre bajo las nubes lentamente mientras el aeroplano pierde altura para poder aterrizar.

La vista resultaría majestuosa para cualquier recién llegado, iluminada la metrópoli de forma que se recorta contra las sombras de la noche. La torre del parlamento destaca sobre cualquier otro edificio, reflejando su superficie cobriza el fulgor de centenares de farolas cercanas, y coronada su cumbre por el *Big Ben*, el gigantesco cañón antiaéreo que, asentado junto al parlamento, asegura la supremacía británica de los cielos cercanos.

Flotan en el cielo decenas de dirigibles, que parecen nadar sobre nubes de hollín y polución que cubren la ciudad, levantándose estas desde las chimeneas de innumerables fábricas e industrias que funcionan como el corazón de la urbe incluso de noche, latiendo gracias a la labor de la casta trabajadora. Aquí no se trata de disfrazar la labor de los obreros como se hace en el Gran Imperio de Europa. No hay grandilocuentes designaciones como "*Pilares*" para definir a un cualquiera que trata de sobrevivir al hambre a base de dos chelines al día. No hay sacerdotes que buscan inspirar a las masas con su oratoria y sus salmos, induciendo estupor y desidia en sus vanos intentos de ensalzar el más sucio e insignificante de los trabajos.

Camelot no tiene nada que ver con el Gran Imperio de Europa, excepto que ambas naciones están en guerra. Y él ya no tiene nada que ver con ninguna de las dos. Exiliado de la primera, su patria, y forzado a trabajar para una eminente figura de la segunda. Eminente figura que emerge ahora del compartimento trasero del avión mientras frota con fuerza un

pañuelo contra su mano, tratando de hacer desaparecer una mancha de oscuro aceite de su piel.

- ¿Nostalgia, Copper? -El hombre que habla es Gérard Molette. En su tierra se le considera un héroe, un genio, una figura ilustre que personifica todas las virtudes que valora su país. Aquí es sólo un asesino, si bien tristemente célebre. Si la corona supiera que el inventor conocido como "*le fou Chevalier*" sobrevuela la ciudad, en estos momentos el Big Ben estaría entregando sus mortales salvas a todo vehículo aéreo de forma indiscriminada.

-Miseria, quizá. -Allward ejerce ahora de guardaespaldas, habiéndose visto obligado a abandonar una carrera militar en el país que le vio nacer, por razones que ni vienen al caso, ni desea mencionar.

-Tu paga no es tan austera como para que te quejes de escasez, Copper. -El patrón toma asiento junto a su protector, habiendo quedado satisfecho con la labor de

limpieza que ha realizado-. Aunque si haces buena labor aquí, hablaremos de algún incentivo.

-La última vez que quisiste motivar a alguien, le encerraste en una jaula con una de tus criaturas. -En otro momento la voz de Allward estaría teñida de rencor o cinismo. Ahora mismo se encuentra abrumado ante el torrente de emociones contradictorias que va descubriendo en su interior cada vez que ve otra silueta familiar en el panorama que le revela su ventanilla.

-Ah, sí. Pero funcionó, ¿verdad? -Gérard siempre ha sido inmune a todo tipo de ironía. En general, lo es a todo tipo de interacción social. Es brutalmente franco, desagradable, y cruel. Y mencionando ironías, a Allward no le desagrada ese aspecto de su jefe. No pierde el tiempo expresándose con finura y exquisitez, disimulando un insulto en un comentario ingenioso.

No, cuando Gérard falta al respeto, el insulto queda a la vista de todo el mundo. Y si hace falta, lo acompaña con un disparo en la sien del interpelado.

Lo que no salva que haya muchos otros aspectos del "*fou Chevalier*" que disgusten al guardaespaldas, acentuados ahora por arrastrarlo de vuelta a Camelot tras seis años de ausencia.

El ex-soldado se pasa la mano por el cabello, rubio y pajizo, mientras bloquea la cháchara insustancial que le dedica su compañero: no le apetece fingir interés por cualquier menudencia que haya fascinado el intelecto enfermo del infame genio. Afortunadamente, dada la inclinación a largos monólogos y enfáticas aseveraciones de cuanto dice, Allward sólo necesita asentir de vez en cuando para mantener una ilusión de conversación. Sus manos inquietas juegan con el remedo de escaso bigote curvado al estilo de caballero británico, que se niega a afeitarse de forma tozuda. La mente del hombre viaja años atrás, a la familia que le entregó a

adopción al estado por no poder mantenerlo, a las memorias de la escuela militar que hacía las veces de internado.

A la vida que tuvo que abandonar.

–... Aunque otros combustibles presentaron características que... ¿Sí? –Algo en la plataforma de aterrizaje arranca a Allward de su ensoñación, que alza la mano para acallar la incesante chanza técnica de Gérard.

–Ocurre algo en el aeropuerto. –El británico frunce el ceño, al notar el exceso de vehículos en el aire, y las pistas de aterrizaje despejadas.

–Ah, eso. Sí... Un aviso de bomba. –El fugaz interés que iluminó los ojos del genio se disipa al oír la explicación de su lugarteniente. Allward le mira extrañado, sospechando que se trata de uno de sus planes, tan tocados por la locura como su reputación–. No me mires así... Si aterrizamos en el aeropuerto de Londres nos arriesgamos a que alguien me reconozca, o a que me delate mi acento.

-Algo que no ocurriría si mantuvieras la boca cerrada.

-Eso es imposible, y lo sabes. -Un asomo de sonrisa acude a los labios del inventor imperial, como si le hubieran dedicado un cumplido-. De esta forma, obligan a aterrizar a los aviones uno a uno, para poder realizar una concienzuda inspección en cada caso.

-No entiendo cómo nos beneficia eso, Gérard. -El comentario de Allward levanta un suspiro de impaciencia, como lo haría un niño con demasiadas preguntas.

-Por supuesto que no lo entiendes: el genio soy yo.

El inventor parece haberse irritado, porque se levanta y vuelve a la parte trasera del avión, donde reposa su última creación. Ha ido y venido decenas de veces durante el viaje, necesitado de comprobar un ajuste tras otro, como cada vez que se acerca el momento de poner a prueba alguna de sus hipótesis. En estos momentos su comportamiento sufre una metamorfosis, pasando de su habitual actitud reflexiva y meditabunda a un estallido de incontrolable energía.

Pasan casi una hora en el aire, dando vueltas alrededor de la ciudad. La inquietud empieza a hacer mella en Allward, al saberse un objetivo perfecto en el aire al que el ojo de *Big Ben* apunta de tanto en tanto. El aviso ha hecho saltar todas las alarmas del ejército, dando vida al habitualmente adormecido leviatán. Voces de paranoia le susurran que escape. ¿Saben que él está ahí? ¿Saben que viene "*le fou Chevalier*"? ¿Saben lo que se propone? ¿Saben la verdadera razón por la que se vio obligado a desertar?

-Ven a la cabina, Allward. -Le sobresalta la orden de Gérard, que le insta a moverse desde la puerta delantera que separa al piloto de los pasajeros. Se apresura a obedecer, esperando resolver con premura la situación. A medida que se acerca a la carlinga empieza a escuchar susurros reales, en una lengua mucho más familiar que el "alto imperial" que se ha visto obligado a usar desde su exilio, y al atravesar el umbral se encuentra con los familiares controles de un avión camelotiano. Tiene que esforzarse en evitar que afloren a sus

ojos lágrimas ante la desconocida voz que utiliza unas palabras que añoraba tanto, sin saberlo.

Viste una máscara de cinismo, para ocultar sus sentimientos al cruel hombre al que sirve.

- ¿Una radio? ¿Estás utilizando una máquina eléctrica, Gérard? Las autoridades inquisitoriales estarán encantadas de saber eso. -El credo religioso del imperio sanciona el uso de ciertas invenciones, y las penas por atreverse a utilizar cualquier ingenio prohibido son lo suficientemente severas como para disuadir al más curioso. En el Gran Imperio de Europa, la religión es indistinguible de la nacionalidad. Hecho, que, sin embargo, no parece importar demasiado al científico, que desdeña el comentario con un agitar de su mano.

-Necesito que comuniqués al controlador aéreo que nos estamos quedando sin combustible. -La revelación del hombre, unida a las diferentes voces que surgen del altavoz transmitiendo el mismo problema, aporta la pieza final del puzle que era el plan de Gérard.

En vísperas de fin de año, ante el desbordamiento de vuelos comerciales que aterrizan en Camelot provenientes de américa y el resto de territorios de la "*Commonwealth*" británica, resulta imposible realizar un control exhaustivo de cada vehículo en busca de una posible bomba. De alguna forma, el inventor había dado el aviso en un momento en que no resultaba factible que todos los aviones que sobrevuelan ahora la ciudad se dirijan a otro campo de aviación. Como resultado: un cuello de botella que amenaza con desbordar el aeropuerto, que tiene ahora decenas de pequeñas bombas que pueden provocar el caos en la ciudad si se quedan sin combustible.

Taimado, engañoso, embustero y genial. Gérard Molette.

Allward coge el micrófono, peleando contra la sensación de *déjà vu* que evoca un tiempo de su vida en que el uso de la radio y sentarse en la plaza de un avión de combate era rutina para él.

*-London, this is flight B 2 1 4 from Shakti. Our fuel supply is almost depleted. We request clearance for landing. Please, acknowledge.*¹ –El militar retirado cumple con las órdenes de su patrón, inventándose un origen poco sospechoso dada la aproximación de su transporte. No son pocos los aviones que llegan del lejano oriente, desde las matriarcales tierras de las colonias hinduistas. Tras repetir la solicitud, el aire de la cabina parece volverse denso como el agua ante la tensión que se acumula.

*-B214, this is London. Acknowledged...*² –Las palabras despiertan una carcajada en la garganta de Gérard, que se frota las manos como lo haría la parodia de un mercader ambicioso cualquiera en una obra teatral. El piloto del vehículo, otro sicario del genio, procede a aterrizar el aeroplano en una de las pistas de aterrizaje. A su alrededor, los hangares de reposo empiezan a abarrotarse con los

¹ Londres, aquí el vuelo B 2 1 4 procedente de Shakti. Nuestras reservas de combustible están casi agotadas. Solicitamos permiso para aterrizar. Por favor, confirme.

² B214, aquí Londres. Confirmamos...

pájaros de metal que, agotadas ya sus reservas, no tenían más opciones que descender o estrellarse sobre la urbe. Y al igual que al resto de aviones, un pequeño carricoche les conduce al interior de una de las naves, con varios soldados guardando la única entrada y salida posible.

-Perfecto... -Allward observa como su compañero saca un pequeño reloj de bolsillo de su chaqueta, y le dirige una sonrisa cruel. En alguna parte del campo de aviación, lejos de su posición, suena el inconfundible estruendo de un explosivo, y no tarda en acompañarle los aullidos de sirenas alertando del peligro-. Justo a tiempo... Había un aviso de bomba... No me parecía correcto que me dejaran por mentiroso.

No, hay cosas de su patrón que no le gustan nada.



Parte 2

Escapar del aeropuerto no es especialmente complicado mientras este está sumido por el caos del atentado. Como polillas atraídas a la llama, todos los soldados corren hacia la zona de la explosión, fusil en mano y gritándose órdenes unos a otros siguiendo la cadena de mando. Para cuando finalmente consiguen cerrar todas las salidas a la ciudad, y detener la marea humana que corre asustada temiendo por su vida, ya ha escapado más gente del cerco de la que queda dentro. "*Le fou Chevalier*" y sus secuaces entre ellos.

Tres camiones de transporte del ejército les esperan a unas calles de distancia, complementados con chóferes en uniforme militar. En silencio, suben las maletas que transportan a la parte trasera de los vehículos. Allward observa la operación sumido en el mismo mutismo que el resto, sintiéndose un traidor a su patria como nunca antes:

ante el análisis de su conciencia, defender a su patrón es muy distinto a infiltrarse en la capital, hacer estallar una bomba, y prepararse para sólo Gérard sabe qué, pues no comparte sus planes con nadie.

Tras cargar los bultos, los recién llegados a tierras británicas suben a los camiones, y parten siguiendo las indicaciones que el infame inventor les da a los falsos soldados. Allward y Gérard ocupan el compartimento del primer camión, disfrutando de más espacio que el resto, pero no más lujo: el único asiento no es más que un banco de metal atornillado a las paredes del transporte, al que tienen que agarrarse con ambas manos para compensar el traqueteo de la carretera en mal estado que han tomado.

– ¿Vas a compartir tus planes, o tendré que improvisar sobre la marcha? –Allward intenta no pensar en su situación, así que por una vez decide prestar atención a todo cuanto le diga su compañero y jefe.

-Hemos venido a hacer una prueba de campo. Testearemos mi última creación, y, con suerte, nos marcharemos antes que nadie se entere de nuestra presencia. -El encogimiento de hombros de Gérard revela que no espera que las cosas salgan como lo ha orquestado. ¿Y cuándo lo han hecho?

-No creo que pasemos inadvertidos.

-No. Yo tampoco. Ya nos encargaremos de eso cuando ocurra.

Con un chasquido de lengua, Allward clava la mirada en el suelo del vehículo, rezando por que las cosas salgan bien, pues teme el momento en que tenga que decidir entre su patria, y el honor que le encadena a este hombre.

El convoy se detiene a las afueras de lo que a todas luces fue un complejo industrial formado por varias fábricas y grandes pabellones. Multitud de lámparas de gas, tan altas como un hombre y separadas a intervalos regulares, empujan las escasas sombras que quedan a medida que llega la

madrugada, iluminando con su resplandor ocre los edificios de ladrillo rojo. Más falsos militares vigilan la entrada al recinto, cerrado por una alambrada de espino que pretende disuadir a curiosos. El disfraz es lo bastante bueno para engañar a un civil, pero el ojo entrenado de Allward ve detalles que sabe que no pasarían desapercibidos para un soldado auténtico, como ver el alma suelta en la cartuchera de uno de ellos, en lugar de llevarla atada con lazo al uniforme como exige el reglamento.

Gérard baja del vehículo tan pronto como este se detiene, mientras varias personas con aspecto de científico salen de uno de los almacenes, con todo el aspecto de querer darle una grata bienvenida.

–Lameculos... –El británico escucha a su jefe murmurar por lo bajo antes de asentir ante la multitud de cálidas cortesías y zalameras sacudidas de mano. No disimula su disgusto, tratando de terminar cuanto antes con el remedo de socialización–. ¡Bien, caballeros! ¡Bienvenidos! Veo que todos han sido introducidos correctamente en el reino. Saben de

sobra que estamos en territorio enemigo, y tenemos el tiempo en contra. El prototipo debería estar montado en un máximo de... Dos horas. –Todos los presentes dan un vistazo rápido a sus relojes, comprobando dónde les sitúa esa marca horaria. Gérard les observa contrariado mientras su séquito permanece expectante–. ¡Vamos! ¡A trabajar!

Mientras los asistentes de laboratorio descargan el equipaje con la ayuda de los falsos militares y lo conducen al interior de un laboratorio improvisado en una de las fábricas, Allward se acerca a hablar con su patrón.

– ¿Dos horas?

–Calculo que es lo que tardará en encontrar esta localización el ejército real. –Al villano científico no le hace falta mirar a su guardaespaldas para ver la mirada de preocupación que aflora a su rostro–. Ah, tranquilo. Pensaré algo.

Gérard se adelanta para hablar con alguien de su equipo, un anciano científico que hiede a imperio en su aspecto por

mucho que vista ropas de estilo camelotiano, cubriendo su rostro algún tipo de mecanismo de relojería implantado en su cabeza, que mueve diferentes cristales de aumento a modo de anteojos. Allward se queda plantado frente a la entrada del taller, tratando de discernir si estaba burlándose de él con ese último comentario, o si debería preocuparse genuinamente.

Decide preocuparse.

Bajo la dirección de la eminente figura del "*fou Chevalier*", el ensamblaje de la máquina misteriosa a la que sólo se refiere como el Ingenio Ícaro avanza raudamente. El puzle de mecanismos y engranajes finalmente toma una forma familiar, en lo que a Allward le recuerda un bombardero de ataque monoplaza... Sin alas. No es que falte la pieza: donde deberían extenderse los alerones sólo hay una superficie remachada de metal pulido. Tampoco hay rastro de rotores que pudieran mover hélices, ni ningún otro mecanismo visible que pudiera propulsar el invento. Dos enormes conductos dobles rodean la estructura central del vehículo, a todas luces la salida de gases de la combustión del motor. Bajo la carlinga

se aprecia una pequeña estructura cónica de pulido metal rodeada por un anillo... ¿Es este el extraño mecanismo que da nombre al aparato?

Allward se sobresalta cuando, en su afán fisgón y entrometido, choca con Gérard mientras retrocede para salir de debajo del inusual transporte.

-Parece que te pica la curiosidad, Copper. Ya sabes qué le ocurrió al gato. -Más que molesto, el demente científico parece divertido por el examen al que su compañero está sometiendo la construcción, estando ya casi finalizado el trabajo.

-Que lo abriste en canal. Me preguntaba cómo iba a volar esta condenada cosa, sin alas ni hélices. -Ya acostumbrado a las mofas de Gérard, Allward responde con su habitual cinismo.

-Fue al perro. En cuanto al Ingenio Ícaro, eso es lo que quiero probar... Lo llamo "motor de impulso". Si lo tengo que poner en términos que entiendas, hará que se alce en el aire

de la misma forma que se puede hacer flotar un trozo de hierro entre dos imanes. –La explicación, si puede llamarse así, no sirve para despejar las dudas sobre el funcionamiento del prodigio.

–Un momento... No tendré que hacer de piloto de pruebas para ti, ¿no? –El miedo atenaza al británico cuando se imagina guiando una canoa voladora que puede ser, muy efectivamente, una trampa mortal.

–Cielos, no. Eres mi guardaespaldas: reemplazarte sería muy inconveniente.



Parte 3

Para cuando va a empezar la prueba, el cielo está perdiendo ya el tono entre azabache y agrio que lo tiñe durante la noche, anunciando un ineludible amanecer. Los matones de alquiler que Gérard ha vestido de soldado para la ocasión se encargan de abrir las puertas de la fábrica ahora convertida en hangar, sacando su creación al aire libre para su bautismo, salvo uno de ellos que se ajusta una chaqueta de cuero y un gorro a juego para la ocasión.

Allward espera que no sea un "bautismo de fuego", como dicen los imperiales.

- ¿Echas de menos el hogar? -El científico mantiene todavía un talante agradable y educado, algo que da escalofríos al británico, debido a lo inusual de tal actitud.

-A veces... Las pequeñas cosas, sobretodo. El sabor del desayuno. Comprar "*fish'n'chips*" los días libres. -Decide responder sinceramente, como gesto ante el intento de socializar de su patrón, al no encontrar determinación maliciosa tras su pregunta-. Ah, y la televisión.

Gérard se gira hacia él tan pronto como oye la apostilla, mostrando en sus rasgos pura incredulidad.

- ¿La televisión? ¿En serio?

-Has preguntado tú.

-Pero... ¡Si es bazofia estatal para lavaros el cerebro! -Se diría que al genio le resulta escandaloso, humillante incluso, que alguien pueda disfrutar de los programas aprobados por el consejo monárquico-. Es todo propaganda, y promoción militar, y...

-Hay también programas de humor, en los que se ironiza sobre el reino. -Allward ataja a su compañero, herido en el

poco orgullo patriótico que le queda ante lo que considera una afrenta gratuita e injustificada.

-Oh, por favor. No se menciona ninguna figura de la corona, ni se parodian asuntos de Estado... Si casi lo único que hacen es burlarse de la baja nobleza, y sobre todo de los Pilares. -El británico empieza a irritarse, arrepintiéndose ahora de haberle dado hincapié al científico para verter aún más del desprecio hacia su tierra que demuestra tan habitualmente.

-Aquí es "casta trabajadora". Nada de "Pilares", ni "Canarios". -Ese es un término que siempre ha irritado al ex-militar: canario. Todos los nobles lo utilizan de forma despectiva para referirse a la casta trabajadora del imperio, haciendo referencia a las aves que se introducían en las excavaciones, y que morían cuando inhalaban cualquier gas tóxico que podía poner en peligro a los mineros.

Eso son para ellos: reemplazables. Y no debería olvidar que Gérard es uno de los nobles más poderosos del Gran Imperio de Europa.

- ¡Bah! Es culpa mía por intentar mantener una conversación civilizada con alguien de tu calaña... -Cualquier rastro de complacencia o carisma ha desaparecido ya de su comportamiento, volviendo a ladrar órdenes a sus esbirros para ultimar los preparativos del ejercicio, y dejando a Allward a solas con sus pensamientos.

Un pensamiento le invade. ¿Por qué sigue haciendo esto? Gérard no es, ni de lejos, un buen amo. Si le sigue y sirve es una cuestión de honor personal, por saldar una deuda. Ahora está en su tierra... ¿Podría volver? ¿Le perdonarían? O simplemente podría darse a la fuga, esconderse en el país, y vivir una vida simple, aburrida, y larga. Una perspectiva que no cree que pueda permitirse mientras siga a las órdenes de este hombre.

Sobre todas esas consideraciones, hay otra que le acucia más: ¿podría él vivir así? ¿Sería capaz de faltar a su palabra? La idea se disipa a medida que los reunidos se alejan del Ingenio Ícaro, estando este preparado finalmente para su primer vuelo. No, no podría. Para bien o para mal, su destino está ligado ahora a los Molette. Tratando de alejar esas reflexiones de su cabeza decide echar un ojo al reloj: quedan veinte minutos para el límite de dos horas, lo que significa que el ejército podría aparecer en cualquier momento.

En un reflejo involuntario ante la amenaza que se cierne sobre ellos, extrae su pistola de la cartuchera que cuelga de su cintura y comprueba el cargador y el seguro del arma. El movimiento no pasa desapercibido para Gérard, que se acerca, todavía frunciendo el ceño y torciendo su boca en un mohín, como haría un niño pequeño.

-Toma -dice, al mismo tiempo que le tiende un peine de munición de aspecto peculiar-, creo que nos hará falta.

-Imagino que no son balas normales. -Con un leve asentimiento, Allward toma el clip de 10 balas, poniéndolo a buen recaudo en el interior de su chaqueta marrón.

-Munición mejorada. -Sin más explicación, el científico se gira hacia el extraño artilugio volador, y grita una orden-. ¡Rompe las leyes de la física! ¡Allons-y!

El piloto inicia la extraña maquinaria, que deja escapar un único estruendo seco, como un golpe de tambor. Durante varios segundos nada ocurre, hasta que el *chevalier* sonríe, y sólo entonces Allward es consciente de oír un muy ligero sonido intermitente...

No: es erróneo. No escucha algo, sino que parece volverse sordo a intervalos. De pronto empieza a surgir vapor de los tubos de escape del Ingenio Ícaro, y la nave se alza sobre el suelo milagrosamente, como si hilos invisibles tiraran del aparato hacia el cielo. Los intervalos de silencio se entrelazan con el silbido de tetera que emite el avión sin alas, despertando en él una desagradable náusea. Gérard le dice

algo, pero sus palabras quedan entrecortadas en el extraño estruendo de afonías, que estalla finalmente cuando el experimento sale disparado hacia la lejanía acompañado de una explosión que lanza al suelo a todos los presentes.

Durante largos segundos, Allward está convencido de que la misma fuerza extraña que impulsaba el aparato le está aplastando ahora contra una pared. Sin embargo, la desorientación se desvanece enseguida, permitiendo que se levante y se limpie el polvo de los pantalones, haciendo un esfuerzo para no vaciar el contenido de su estómago ante su patrón.

*-Crikey Moses... Shoulda knock your shit left, right and center...*³ -Irritado y con ganas de darle un derechazo a alguien, el camelotiano exiliado empieza a murmurar expresiones soeces en su lengua materna, tildando las palabras con el marcado acento *cockney* que no puede

³ Nota del Autor: resulta complicado traducir las expresiones de argot de Allward... Dejémoslo en que no está diciendo cosas bonitas.

disimular cada vez que se enoja-. En nombre de la corona, ¿qué ha sido eso?

-Muy interesante. -Contrastando con el enojo de su compañero, los ojos de Gérard brillan con la mórbida fascinación de un niño con un juguete nuevo. El científico parece haberse recuperado de la desagradable experiencia mucho más rápidamente que el resto, dirigiéndose a la mesa que contiene uno de los equipos de radio que ha traído consigo-. Déjalo a Ícaro. Déjalo a Ícaro. Confirme estado.

El restallar de la estática es todo sonido cuanto emite el altavoz del receptor, haciendo que se desvanezca la ilusión del rostro del genio. Pasados unos segundos vuelve a intentar establecer comunicación, manteniendo los nombres en clave, sin obtener ninguna respuesta.

-Maldita sea... ¡François, responde! -El *chevalier*, compungido ante el inicio de su experimento, se gira hacia uno de sus ayudantes-. ¿Distancia estimada?

–Suponiendo que el avance sea constante, a partir del impulso inicial... Unos 16 o 17 kilómetros actualmente. –Tras unos breves instantes en que el interpelado realiza unos cálculos, su pregunta recibe respuesta.

–Suficiente. Iniciad la fase dos.

–*Chevalier*, el piloto... –El subalterno se amedrenta ante la actitud iracunda con la que Gérard se dirige hacia él, temiendo ser el blanco de su cólera.

–El piloto no me sirve de nada si no es capaz de comunicarse, suponiendo que haya sobrevivido a la aceleración inicial. Probablemente sólo tenemos un cadáver a bordo. –Frialdad rezuma de las palabras del cruel genio–. No repetiré la orden.

–Sí... Sí señor.

Allward observa la escena que se desarrolla ante él, sin entender más que la condena segura a la que el *Chevalier* está abandonando a su peón. No es la primera vez que ha

visto una situación similar, y trata en vano de silenciar la vergüenza y la humillación que le supone. Habiendo vencido ya el mareo, coge al hombre al que sirve por la pechera, de una forma muy poco servicial, y con aires más amenazadores que corteses.

- ¿Has subido a ese hombre a ese cachivache para que muera? -No le causa enojo la empatía para con el desconocido piloto, sino el saber que a él le podría deparar mañana la misma suerte.

-Ah, veo que prefieres que, si está vivo, caiga prisionero, ¿eh? No te imaginaba tan villano, Copper. -La cínica sonrisa que tuerce su boca desaparece en un instante, y junto a ella cualquier asomo de diversión-. Suéltame. Ahora.

Hay algo en la voz de Gérard, aun cuando no recurre a su carisma, que invoca sumisión. En este caso, se trata de puro y simple terror, de la misma sensación que acobarda a un pequeño mamífero frente a un depredador hambriento cuando debería salir huyendo. Allward sabe que, si tiene que

recurrir a sus puños, el inventor no tendría ninguna oportunidad.

Pero aun así, obedece.

-Comprendo que te encuentres alterado... Estás en tu tierra, tras tanto tiempo. Pero recuerda que sin mi acabarías... "A disposición del placer de su majestad", como decís en Camelot.

Girándose hacia el cuadro de mandos situado al lado de la radio, termina de responder a Allward con gesto ausente, concentrado en su experimento y bloqueando todo lo que no pertenezca a la prueba.

-Es un piloto prescindible. He puesto demasiado en juego en este proyecto como para preocuparme de la vida de un "canario".

El tono con el que pronuncia el despectivo apelativo hace que Allward haga chirriar las muelas, ultrajado. En su fuero interno, reza para que en algún momento este hombre sienta

lo que es ser despreciado de esa forma, desechado una vez agotada su utilidad. No le gusta sentirse así.

Abatido, deja caer los hombros, recordando la integridad del hombre que fue una vez, y que parece haber perdido bajo las órdenes de la familia Molette. Ya no queda pelea en él, y sigue a su amo al interior de una de las naves, que sobresale del resto por tener una larga torre que han acondicionado a modo de observatorio, con un gran telescopio apuntando en la dirección en la que partió el vehículo volador. Tras observar a través del ocular, y sonreír satisfecho, saca un receptor portátil de radio de su bolsillo, y da una única orden.

-Iniciad fase tres ahora.

Allward no puede imaginarse qué esperaba ver Gérard a través del telescopio, porque desde el horizonte nace una luz cegadora que baña el cielo de la madrugada de un brillante celeste, y no tarda en convertirse en un antinatural malva. Siguiendo al resplandor como el trueno al rayo, un

ensordecedor estallido crece frente a ellos, acompañado por un muro de viento que lanza torreón abajo parte del equipo de observación, obligando a ambos hombre a afianzarse a la barandilla con fuerza para no correr la misma suerte.

El extraño despliegue de eventos termina con un muro de viento golpeándoles, y una tromba de humo alzándose en el horizonte hacia el cielo. Allward reconoce instintivamente la forma de hongo resultante de la explosión de una bomba... Pero a una escala que jamás ha visto hasta ahora. Lágrimas afloran a sus ojos cuando entiende que la detonación resultante debe haber reducido Londres a cenizas.



Parte 4

-Has... Has... -Allward no es capaz de encontrar la habilidad para formar palabras, ni la competencia para apartar la vista del horizonte rojizo, teñido este por las llamas que consumen la ciudad.

-Hmhh... En efecto. -El genio se quita los anteojos, frotándose el polvo que se le ha introducido en los ojos, que cae ahora como una nieve grisácea sobre los alrededores-. No hay tiempo que perder, Allward. Prepárate para recibir a tus antiguos compañeros del ejército... No me cabe duda que el movimiento del prototipo ha aparecido como una flecha brillante en sus equipos de radar. No creo que sean tan incompetentes como para pasarlo por alto.

Sin más, el *chevalier* empieza a descender a paso lento por las escaleras de caracol que conducían al torreón desde el interior del complejo industrial. El movimiento parece sacar

de su pasmo al guardaespaldas, que se aferra a la barandilla mientras su patrón le ignora.

– ¿Era eso lo que has construido? ¿iUna bomba tripulada!?

–En absoluto. Pero Ícaro ha volado demasiado cerca del sol... –Gérard no le mira mientras pronuncia una enigmática respuesta que no ayuda a calmar el temperamento desatado del que fue soldado camelotiano–. Es inesperado, pero temía que pudiera suceder... De ahí que hiciéramos la prueba en un sitio donde un error de cálculo pudiera tornarse una ventaja táctica.

–*Look at me, you sunova bitch!*⁴ –La intensidad del grito que surge de la garganta de Allward le hace daño, pero está demasiado fuera de sí como para sentir nada en este momento–. *You just destroyed my home!*⁵

–Ridículo. Tu hogar es la *Maison Molette*, Copper. Serénate. –La compostura con la que el científico le replica le

⁴ ¡Mírame, hideputa!

⁵ ¡Has destruido mi hogar!

sienta como un cubo de agua, haciendo que parpadee desorientado—. Esta vez lo dejaré pasar. Vuelve a faltarme al respeto de esa forma, y te arrancaré la lengua.

Gérard continúa su descenso por las escaleras, dejando a Allward a solas con su duelo. En la distancia se puede escuchar el incesante ulular de sirenas y alarmas, así como el característico murmullo de la multitud azorada. El sonido del pánico, que tan tristemente la ciudad de Londres está acostumbrada a escuchar.

O estaba. ¿Cuánto quedará de Londres? El hombre se alegra de no tener el telescopio a mano, para no sucumbir a la mórbida curiosidad que le invade. No quiere ver esas cicatrices en la ciudad que amaba, que le vio crecer. Lo único que quiere ahora es marcharse, abandonar de nuevo el país.

Todo cuanto desea es olvidar su implicación en esta catástrofe.

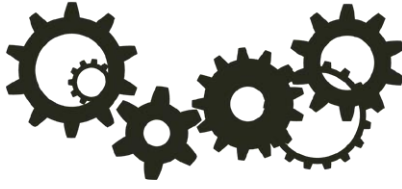
Pero sus ambiciones quedan sepultadas a medida que aparecen camiones, hermanos de los que les han llevado

hasta las ruinas en las que Gérard ha obrado su ciencia impía, pero que no tardan en escupir soldados auténticos, cada uno armado con un rifle, que empiezan a tomar posiciones en el muro exterior, cerrando cualquier posibilidad de escape.

Allward no tiene otra forma de volver a casa que abriéndose paso entre los que fueron sus compatriotas. Como bien ha dicho su amo, la Maison Molette es su casa ahora. La mansión rodeada de flores amarillas, ajena al mundo y sus guerras. Y en ese caserón espera Ellanor, abandonada en vísperas de año nuevo.

Un pinchazo de remordimiento aumenta la carga que soporta ya el guardaespaldas: no será él quien informe a la joven dama que dejó morir a su padre. No: él ya no es británico, es un soldado imperial. Aunque la noción le retuerza el estómago, tiene que aceptarla.

Y sin más, enarbola su arma, y corre escaleras abajo, dispuesto a abatir a los enemigos de su amo.



¿Te ha gustado?

Descubre más sobre la saga "Steampunk 1999" en la
página web www.steampunk1999.com :

- Historias cortas
- Próximas publicaciones
- Novedades, fandom...
- ¡Y mucho más!